

El Panorama universal

AÑO IV.

DOMINGO 3 DE AGOSTO DE 1862.

NUM. 145.

Con arreglo á la ley de propiedad literaria y convenios existentes, queda prohibida la reproduccion de los grabados y la traduccion de los artículos de este periódico.

SUMARIO. Grabados.—Vista del monasterio del Paular.—S. M. la Emperatriz Eugenia.—Fachada principal de la casa del Marqués Dos-Aguas.—Croquis de las operaciones prac-

ticas por las tropas franco-españolas al mando del Coronel Palanca en la Provincia de Mi-thó. Texto.—Crónica de la semana: exterior é interior.—Cambio

de frente del Ejército de Mac-Clellan.—Espedicion á Mi-cui.—Los poetas de la India antigua.—El naufrago del Riff.—Poesía.—Sueños.—Novela.

CRONICA DE LA SEMANA.

EXTERIOR.

A noticia mas grave que desde nuestro último número nos han trasmitido del extranjero, es la orden espedita por el Gobierno del vecino Imperio al puerto de Tolon para alistar con toda urgencia una division naval, destinada, segun se cree, á cruzar por las costas de los Estados pontificios. Las fragatas de vapor el *Descartes* y el *Gomer*, y los avisos el *Brandon* y el *Favori*, que han de formar parte de aquella division, se han hecho ya al mar, y deben estar verificando su crucero entre Civita-Vecchia y Terracina. Por su parte el General Montebello ha enviado tambien de Roma tropas que cubran la frontera.

¿Declara la guerra Garibaldi, esto es, el impaciente ardor italiano, al Emperador Napoleon? No puede comprenderse.

¿Es aquel General un bota-fuego de otro pueblo, que ni es impaciente, sino flemático; ni es ardoroso, sino en aprovecharse de lo propicio de las circunstancias? Asi lo creen algunos, y por de pronto esa opinion es la que dá trascendental interés á la noticia.

Hé aquí lo que dice el *Esprit Public*:

«Hemos hablado ya de ciertos proyectos atribuidos á Garibaldi y de las sumas que se le envían de Inglaterra para poner sus proyectos en ejecucion. Creemos poder asegurar que desde prinipios de la semana se le han remitido desde Glasgow letras que representan una suma de 100,000 francos.»

Cualquiera que sean los planes de Garibaldi y los misteriosos recursos de que dispone, se han tomado medidas para oponerse desde un principio á esa loca tentativa.

Quedando Garibaldi reducido esclusivamente á su poder, esto es, á la accion del entusiasmo que pueda despertar en las masas, ¿cómo se comprende la pertinaz arrogancia con que sigue retando el poder del Emperador Napoleon? Hé aquí lo que dicen de Turin con fecha del 28:

«Garibaldi ha ofendido nuevamente al Emperador Napoleon de una manera violenta, en otro discurso pronunciado en Marsala. El Corregidor de esta ciudad ha sido destituido;

pero el ministerio no se atreve á tomar contra Garibaldi las medidas que su conducta merece, y se dice que el Rey se ha contentado con enviar una persona adicta á S. M. y amiga del General para exhortarle á obrar y hablar con prudencia.»

A estas noticias de Italia acompañan en París las relativas á la expedicion de Méjico, dignas de citarse como muestra de la prodigiosa actividad del Gobierno imperial. Véase lo que dice la *Presse*:

«La fragata de coraza, la *Normandie*, montada por el señor Vice-almirante Jurien de Lagraviere, y mandada por el capitán de navío M. Russell, no vuelve por ahora á Cheburgo, pues á pesar de no haber hecho todavía sus ejercicios reglamentarios, ha salido precipitadamente, por orden del Ministro de Marina, con direccion á Méjico.

La intencion del Gobierno es concentrar cuanto antes sea posible numerosas fuerzas en Orizaba y buques delante de Veracruz y Sacrificios. Los navíos el *Turenne* y el *Ulm*, juntamente con el transporte *Gonne*, han empezado ya á embarcar tropas y efectos para el mismo punto.

Parece que al General Forey se le han dado, entre otras instrucciones, la de separar la marcha de la intervencion de los esfuerzos personales del General Almonte. Ningun compromiso, dice el *Esprit Public*, ha contraído el Gobierno francés con aquel General, y por otra parte conviene poner muy de manifiesto á los ojos de la poblacion mejicana, que en la eventualidad de formarse un Gobierno provisional en Méjico, se procurará alejar de su accion todos los miembros del Ejército que representen partidos aislados ó recuerden debates políticos ó militares que la bandera francesa no puede apoyar ni defender.

El Gabinete de Viena acaba de hacer un postrer esfuerzo para conseguir reconciliarse con la Hungría. Se ha consultado á M. Deak, y este ilustre Jefe del partido legal, se ha re-



Vista del monasterio del Paular. (Véase pág. 247).

ferido al informe que presentó en la última Dieta, documento que es por sí mismo un programa, basado en el buen sentido del país.

La agitación que produjeron en Constantinopla los incendios, que con razón se atribuyen al mismo plan de horrible política que ha animado á los incendiarios de San Petersburgo, va calmándose, merced á las buenas disposiciones dictadas por el Sultan, cuya magnanimidad, durante aquella catástrofe, le ha adquirido inesplicable amor por parte de sus súbditos.

No en vano saludamos su advenimiento al trono, creyéndolo por sus virtudes personales como el único capaz de poner aquel desgraciado imperio en relación con los intereses de los demás países.

S. M. Abdul-Aziz corresponde á tan lisonjeras esperanzas.

INTERIOR.

S. M. la Reina Nuestra Señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, continúan en San Ildefonso sin novedad en su importante salud.

Según noticias de uno de nuestros colegas, dentro de pocos días aparecerá en la *Gaceta* la declaración de puerto de primera clase el de Cartagena, que en la actualidad lo es de segunda.

No puede menos de ser altamente satisfactoria esta noticia á cuantos sepan el noble ardor con que aquella histórica ciudad marcha por todas las vías del verdadero progreso, prestando con buena voluntad á las acertadas disposiciones de las autoridades, y cooperando con todos sus poderosos recursos al buen éxito de aquellas.

No parece que el fanatismo musulmán haya cambiado su antiquísimo sistema de lobrequeces y angosturas en las calles de las ciudades. Así por lo menos parece acreditarlo en Tetuán, donde con todo empeño vuelven á limitar la anchura de las calles que los españoles abrimos á la ventilación y á la comodidad del paso. También han destruido el alumbrado, menos en la Judería, donde tal vez lo consideren útil para espiar los actos de los infelices que allí moran.

Según noticias de Canarias que alcanzan al 23, eran inmejorables el estado sanitario y la tranquilidad que se gozaba en aquellas islas. Su celoso Gobernador remitía los planos, pliegos de condiciones y presupuestos de una casa de caridad y hospital que trata de erigir en la ciudad de Tenerife.

Sino tan satisfactorias las noticias de Filipinas por lo tocante á la salud pública, algo resentida por la falta de lluvias, no lo son menos por lo concerniente á tranquilidad y obras de pública conveniencia que se llevan á cabo. El nuevo y único teatro, denominado del Príncipe Alfonso, atraía durante las primeras horas de la noche una distinguida concurrencia. También ocurrían incendios en aquellas apartadas regiones, en cuya crónica fijábamos principalmente la vista como para apartarla de esa calamidad tan frecuente hoy día en todos los puntos de Europa. En solo el pueblo de Bacarra hemos tenido el disgusto de ver que habían destruido las llamas 46 casas.

F. M.

CAMBIO DE FRENTE DEL EJÉRCITO DE MAC-CLELLAN.

De una correspondencia de los Estados-Unidos, dirigida al *Nord*, tomamos los siguientes detalles acerca de los acontecimientos de que la Península Virginiana acaba de ser teatro, y cuya grave importancia no puede menos de interesar á nuestros lectores.

Sabido es, dice aquella correspondencia, que durante los días 26, 27 y 28 de junio, ocurrieron diversos choques entre la derecha del Ejército de Mac-Clellan y las fuerzas de los confederados. El público esperaba con impaciencia detalles que el Gobierno tardaba en dar, y en tanto que unos suponían que los unionistas habían sufrido un descalabro, otros aseguraban que el ala derecha de Mac-Clellan acababa de verificar un movimiento estratégico de la mayor importancia, y que la toma de Richmond era empresa próxima y segura. Estas esperanzas quedaron dolorosamente desvanecidas con

las noticias que se recibieron el día 3, y según las cuales el General citado había sufrido, no un descalabro, sino un verdadero desastre, que aplazaba para mucho tiempo la toma de Richmond, y por consiguiente las esperanzas de una próxima paz.

Para dar bien á entender los sucesos ocurridos durante el 26, 27 y 28 de junio y días siguientes (pues á no menos de seis se ha prolongado la lucha), conviene tener presente que el depósito general de provisiones y la base de operaciones del General Mac-Clellan eran las márgenes del Pamunkey, río que, con el de Mataron, forma el de York. En un punto llamado la Casa Blanca, mas allá del cual no es ya posible la navegación, era donde se hallaban establecidos los almacenes del Ejército, y á donde se habían trasladado los refuerzos destinados al Ejército del Potomac. Un ferro-carril enlaza Richmond con la Casa Blanca, y desde la estación llamada Savage hasta el río Pamunkey, todas las estaciones estaban en poder de este Ejército, cuya derecha se hallaba en Mechanicsville y el centro en Savage, ó Fairbank Station, que es lo mismo. El ala izquierda y el centro se apoyaban en el río Chicahominy. Entre Richmond y la estación que acabamos de mencionar, no hay mas que pantanos que imposibilitan de todo punto el ataque de la capital de los confederados. Esto solo era posible por el ala derecha; mas para verificarlo era preciso que las demás partes del Ejército se moviesen de Chicahominy, á fin de reforzar el ala derecha, y desde luego se comprende que semejante movimiento ponía en peligro á la Casa Blanca y las comunicaciones de Mac-Clellan con la fortaleza Monroe y el Gobierno federal.

Sin ser estratégico se comprende cuán árdua era la situación en que el joven General se había colocado. Así lo comprendió él mismo al reflexionar que para salir de ella tenía que cambiar la base de operaciones. Desde el 24 de junio se dió principio á este movimiento, cargando en considerable número de trasportes y vapores las provisiones y enfermos, amontonados en el depósito general de Casa Blanca, y conduciéndolos hacia el fuerte Monroe.

Los confederados, teniendo sin duda noticia del proyecto de Mac-Clellan, y comprendiendo la importancia de dar un golpe antes que este hubiera podido salir de su enredada posición, atacaron vigorosamente el ala derecha, cuando la brigada de Mac-Clellan, que formaba parte de esta división, había dado principio á su movimiento de retroceso. Mac-Clellan, reforzado por la brigada Porter, ofreció obstinada resistencia á fuerzas superiores, y se retiró con lentitud hacia Savage Station. La noche separó á los combatientes, que al rayar el nuevo día volvieron á cargarse con mayor furor, pues ambos habían recibido refuerzos. Después de siete u ocho horas de combate, los unionistas volvieron á pasar el Chicahominy por los puentes Longet de Boston. Al mismo tiempo la Casa Blanca, y las provisiones que por falta de tiempo no se habían podido embarcar, eran entregadas á las llamas.

Todo el Ejército del Potomac, después de haber pasado el Chicahominy y haber destruido los puentes, se hallaba paralelo á ese río, con el frente hacia Richmond y concentrado en un vasto campamento, fortificado con diversas obras, construidas para el previsto ataque de fuerzas superiores ó de un descalabro bajo los muros de aquella ciudad. A las once se celebró en la tienda del General en Jefe Consejo de guerra, al cual fué también invitado el Príncipe de Joinville, amigo y consejero íntimo, según dicen, de Mac-Clellan. Allí se explicó terminantemente la situación y el nuevo plan adoptado, que consistía en apoderarse del río James y convertirlo en base de las futuras operaciones. Es de advertir que ya se habían principiado á dirigir hacia un punto de ese río las provisiones y almacenes del Ejército, no dejando en el campamento mas que las necesarias para algunos días. El Consejo se enteró también de las razones que el General había tenido para establecer la base de operaciones mas bien en la margen del Pamunkey que en las del James, en una época en que el *Merrimac* dominaba la bahía de Hampton.

La base que ahora se proponía era incomparablemente mejor, y lo que no acaba de entenderse era cómo sus ventajas positivas no habían llamado dos meses antes la atención del General, que debía haber verificado el cambio de frente desde la desaparición del *Merrimac*; de todos modos era ya el único recurso que por el momento la suerte ofrecía, y,

por consiguiente, se tomaron inmediatamente todas las medidas para franquear cuanto antes las 45 leguas de distancia que mediaban entre la actual posición y el punto designado en las márgenes del James.

Principió la evacuación durante la noche del viernes al sábado, verificándose en el mas completo orden hasta rebasar el pantano llamado White-Oak-Swamp. Por la mañana los confederados atacaron las posiciones mas débiles del campamento; pero fueron rechazados. Al día siguiente, domingo, al rayar la aurora, el General en Jefe salió á su vez de Savage Station, y atravesó el pantano de White-Oak, siendo en cierto modo el último que salió del campamento, donde tuvieron que quedar, abandonados á la misericordia del enemigo, unos 1,500 desgraciados heridos demasiado gravemente en las jornadas anteriores.

Renováronse en aquel mismo día los combates sobre el flanco y retaguardia del Ejército, y cuando después de medio día vinieron los ayudantes á decirle que estaba ya espedito el camino hasta el río James, porque el enemigo había desaparecido por completo del frente del Ejército, todos los corazones palpitaron de alegría. Se prosiguió desembarazadamente la marcha, y el lunes se ocupó un punto, Torquey's bend, inmediato al río.

Apenas acababan de instalarse las ambulancias y los hospitales, estándose aun arreglando los preliminares del campamento, cuando volvió á retumbar el cañón. Tropas de refresco, que acababan de llegar de Richmond, según afirmaron los prisioneros, atacaban vigorosamente la retaguardia, á cinco millas del pantano de White-Oak. Trabóse un sangriento combate; pero desde aquel punto se presentaron nuevos y vigorosos atletas á tomar parte en la lucha. Por ambos flancos del Ejército del Potomac vinieron á formar como auxiliares, lanchas cañoneras, entre otras el *Monitor* y la *Galena*, con cuyo auxilio se consiguió rechazar el enemigo y dar á la tropa algunos momentos de reposo. Solo este combate le costó 3,000 hombres al Ejército del Potomac, que sin interrupción había sostenido los siguientes combates: el viernes en Gaine's Hill; el sábado el paso del Chicahominy; el domingo en sus dos alas, y el lunes en conquistar su nueva posición.

Según datos que pueden creerse fidedignos, el Ejército del Potomac constaba de unas 95,000 plazas efectivas, y el de los confederados de unas 180,000 poco mas ó menos. Las pérdidas han sido considerables por una y otra parte; la de los unionistas se aprecia en 20,000 hombres, y en 30,000 las de los confederados.

Mac-Clellan, después de haberse puesto de acuerdo con el comodoro Rogers, de la *Galena*, estableció su Ejército en la barra de Harrison, 7 ó 8 millas mas abajo que el punto del río James, Turkey's bend, en donde el lunes, 30 de junio, recibió el auxilio de las cañoneras.

Han ocurrido en ambas partes notables ejemplos de bizarría; el General Butterfield ha dirigido sus fuerzas con el mismo valor y buena suerte que Ney. La vaina de su espada ha sido rota, su uniforme acribillado de balas, y su sombrero arrebatado por un fragmento de bomba.

Los Príncipes franceses, esto es Joinville y sus dos sobrinos, han hecho verdaderos servicios, reorganizando las tropas á proporcion que salían del bosque, y reproduciéndose por todas partes en el campo de batalla.

ESPEDICION Á MI-CUI.

El cuadrilátero fluvial de la provincia de Mi-thó goza de la celebridad consiguiente á ser la parte mas rebelde de toda la baja Cochinchina, lo que unido á la proximidad de la plaza de Unig-long, que les servía de apoyo, había permitido organizar en él un formidable centro de resistencia: sus habitantes pertenecen todos al Ejército annamita, y están organizados todos en colonias militares, aptas á tomar las armas y combatir como tropas regulares; el terreno completamente inundado en la estación lluviosa, les pone casi á cubierto de las hostilidades de tropas europeas, que si intenta alguna correría es á costa de fatigas tales, que no se compensan con los daños que puedan causar al enemigo; finalmente, el estado de los asuntos y la poca cantidad de tropas disponibles en Cochinchina por las dos naciones europeas que allí hacen

la guerra, había impedido en mucho tiempo castigar esta comarca, que aprovechándose de ello se había erizado de fortificaciones, y acumulado toda clase de medios, que aun trataba de aumentar; muchos de los dispersos de Unig-long habían acudido también a engrosar las filas rebeldes, y por lo tanto, si la toma de Unig-long había de dar un práctico e inmediato resultado, era preciso fuese seguida de acertadas y activas operaciones en el cuadrilátero de Mi-thó, y de la toma de la gran ciudadela de Mi-cui, que encerraba en su parte mas defendible.

El Coronel Palanca se encargó de esta misión difícil y de mas inconvenientes todavía de los que se creían, pues las noticias adquiridas sobre la situación del cuadrilátero y sobre las defensas de Mi-cui, eran bien inexactas, y no presentaban por completo la debida idea de los esfuerzos necesarios para conseguir el éxito propuesto: felizmente lo acertado de la dirección y lo perfecto de la ejecución han suplido los medios que faltaban para la empresa, como verán nuestros lectores.

El día 27 de marzo salió el Coronel Palanca de Mi-thó, á la cabeza de una columna, compuesta de nuestro reducido cuerpo de infantería, una sección de artillería rayada de montaña, otra de cohetes de guerra, y una compañía de tiradores argelinos del Ejército aliado, fuerte de 120 plazas, la ambulancia española y 50 annamitas amigos, armados de lanzas.

No tardó mucho en presentarse, como primer obstáculo, el curso del río Dao-nhang, cuyo puente había sido cortado por el enemigo, haciendo necesaria la instalación de otro de considerable longitud (mas de 20 metros) y suficientemente sólido para que sobre él pasaran la artillería y sus mulas, así como todo el convoy de víveres y municiones; bien pronto se abatieron algunos cocoteros y bongas, se establecieron como durmientes los primeros, por mas resistentes, cortáronse en trozos de dos metros los segundos, para emplearlos como travesas, espaciándolos de 30 en 40 centímetros, improvisóse el tablero con lo primero que se halló á mano, recubrióse todo con paja, labráronse dos taludes para descenso y ascenso, y en poco tiempo, sin mas instrumentos que algunas hachas, y sin mas materiales que los que deparó la suerte; quedó instalado un puente con todas las reglas del arte, pero que no debía ser el último, pues el enemigo había cortado también el que daba paso sobre el curso del Trung-luong, al lado de la población del mismo nombre, entregada á las llamas por los mismos annamitas.

Afortunadamente, para no detener demasiado la columna, el Coronel Palanca había mandado al Comandante de Estado mayor, Conde de Foucauld, adelantarse con la compañía de tiradores argelinos; tan pronto como pudo pasar la infantería el Rach-dao-nhang, y cuando todas las fuerzas llegaron al Trung-luong, se hallaba muy adelantada la construcción de un larguísimo puente (mas de 35 metros), que aunque muy estrecho para las mulas, permitió pasar la infantería por él; los artilleros pasaron ellos mismos los cañones y municiones á brazo, y las bestias á nado. El Conde de Foucauld, encargado por el Gobierno francés del levantamiento del plano de la Cochinchina, seguía la columna con la brigada topográfica; pero su especial misión no le embarazaba para llenar todas aquellas en que el Coronel Palanca podía creerle útil, como acabamos de ver ejecutó en la construcción del puente de Trung-luong; el otro, el del río Dao-nhang, fué dirigido por el Capitán de Artillería M. Dard.

Si bien pudieron felicitarse los expedicionarios de que ya no había probabilidad de construir mas puentes en aquel día (y á fé que con los dos mencionados era lo muy suficiente para principio), tuvieron, sin embargo, la contra de separarse del fácil y anchuroso camino que hasta entonces habían seguido, para engolfarse casualmente, cuando el sol empezaba á calentar, en una estensa llanura de arrozales, cortada por pilápidas, incómoda á la marcha de la infantería, cuyos pies se deslizaban en los terrones resbaladizos, y mil veces desesperante para la artillería, que á cada paso encontraba dificultades casi insignificantes á la vista, pero fatigosas para hombres y animales, pues cada vez que uno de los infinitos lodazales amenazaba hacer hundirse en él las mulas y atascar las ruedas de las piezas, era preciso arreglar algunos metros de terreno, improvisando una calzada con los trozos de los tableros irregulares que habían servido para los puentes anteriores, y que el Coronel Palanca, com-

prendiendo la necesidad que pudieran tener dichos materiales para análogos casos, donde no sería extraño careciese de ellos, había mandado fuesen conservados y trasportados en hombros de annamitas. A través de todas estas dificultades, y arrastradas á brazo las piezas con gran trabajo muy amenudo, llegó la columna al pueblo de Long-hoi, allí descansó las horas de mas fuerte calor (de una á tres de la tarde), y emprendió de nuevo la marcha, presentándose sobre ella y como queriendo estorbar el paso el enemigo, que al ver tan cortas fuerzas empeñadas en tal terreno, osó contra su costumbre, formarse en batalla á campo raso, saludando con los disparos de sus falconetes á la columna en el momento de trasponer esta una obra de fortificación en construcción. Inmediatamente el Coronel Palanca tomó sus primeras disposiciones para librar acción; la artillería se puso en batería, y el Jefe de E. M. de la columna, Capitán Olabe, á todo galope recorrió el frente de la línea enemiga, á corta distancia de ella, para enterar lo mas exactamente posible de su posición al Coronel Palanca, que sin perder momento mandó avanzar la artillería, cubierta por dos guerrillas á derecha á izquierda, y seguida del resto de la fuerza hasta establecerse en un punto conveniente para batir al enemigo, que seguía disparando al frente, y tener en jaque otras dos columnas annamitas, que aparecieron por ambas alas, cañoneando también con sus pedreros y falconetes, agitando sus banderas y creyendo acaso que iba á ser suya la jornada, pero el fuego de las piezas rayadas las contestó y desmoralizó algun tanto, y una vigorosa carga á la bayoneta sobre la primera columna enemiga que se había presentado, hizo dueñas á nuestras fuerzas de la posición que aquella ocupaba, y que era una colina situada sobre el mismo camino.

Desbandados los annamitas que obstruían la marcha, y mantenidas á respetable distancia las columnas de las alas por algunas granadas y cohetes de guerra que se les enviaban de cuando en cuando, llegó el Coronel Palanca con sus fuerzas á la población de Long-dinh, siendo escoltado siempre por los annamitas, que á manera de guardia de honor seguían tenaces sus movimientos, y molestaron todavía con algunos disparos el campamento, que se estableció para pernoctar en el último pueblo citado, siendo el frente de banderas paralelo al camino de la ciudadela de Mi-cui, que debía encontrarse todavía á mas de una etapa. El enemigo volvió á aparecer al día siguiente, pero algun tiempo después de estar en marcha el Coronel Palanca, y por esta vez no se presentó al frente sino en formación semicircular á retaguardia: la columna franco-española se hallaba verdaderamente en una situación bien extraordinaria, internándose tranquilamente en un estenso territorio enemigo y dejando amontonarse á su alrededor un número infinitamente superior de contrarios, sin parecer inquietarse por ello lo mas mínimo: esta asombrosa confianza en sí mismos, que se traslucía en la serenidad de los semblantes y en el perfecto orden que guardaban los soldados franceses y españoles, presentaba un espectáculo digno de ser trasladado al lienzo, con la roja aureola de los disparos del enemigo, centelleando en un semicírculo de humo y fuego, al cual no se contestaba sino muy de tarde en tarde con alguna granada ó cohete de montaña. El paisaje era perfectamente plano, y solo se hallaban los arrozales monótonamente interrumpidos por bosquecillos de arboleda espesa, que denotaban la existencia de otros tantos caseríos: segun las indicaciones que se tenían, no debían hallarse distantes las fortificaciones enemigas; y en efecto, á las nueve de la mañana disparaban sobre la vanguardia los cañones del fuerte de Ni-bing, establecido sobre el camino de Mi-cui: en este momento las columnas enemigas, que amenazaban la retaguardia y los flancos, multiplicaban sus fuegos y cerraban mas su herradura; el momento era crítico y no había instante que perder: felizmente, el Coronel Palanca, con su serenidad acostumbrada, sacó todo el partido posible de los escasos medios que tenía á su disposición, y en pocos minutos mando jugar á la artillería sobre Ni-bing, á tres distancias sucesivas, haciendo fuego ganando terreno, y aun estallaba dentro de las trincheras de Ni-bing la última granada, cuando la vanguardia, y á su cabeza el Conde de Foucauld, trepaba por los parapetos, rivalizando los tiradores argelinos con los soldados españoles en el afán de ser los primeros.

El Coronel Palanca hizo apoyar inmediatamente la primera fuerza que había lanzado, y no tardó en instalarse en

el fuerte de Ni-bing con la artillería, el convoy y la reserva; pero Ni-bing no era una fortificación aislada, una obra construida simplemente para retardar la marcha de los que tratasen de atacar la ciudadela de Mi-cui. Ni-bing era solo el primero de una porción de fuertes que ocupaban dos kilómetros sobre el camino, y encerraban un pueblo y dos grandes aldeas; su construcción, por otra parte, era del mismo estilo que los atrincheramientos que tanto pasmaron á los ingenieros franceses que veían de China vencedores de Pekín; sus embrasures estaban perfectamente extendidas y dirigidas á los puntos mas accesibles, y en cuanto á artillería, víveres y municiones, se encontraron en el recinto de las obras grandes cantidades de todo lo necesario; la vanguardia, apoyada por una compañía española y parte de la de tiradores argelinos, no dió tiempo al enemigo de rehacerse del pavor producido por el primer ataque, y de trincherar en trincheras, disparando siempre sobre una multitud de enemigos que se precipitaba por los parapetos, ayudada á veces por las bayonetas franco-españolas, recorrió todo el sistema, dejando tras de sí 102 cadáveres annamitas, *contados*, debiendo ser no pocos los que se sumergieron en los fosos: el Comandante graduado D. Ignacio Fernandez, que iba con la de apoyo, recibió orden de guardar el otro extremo de las obras llamado fuerte Tuk-nien, y el Coronel Palanca reunió en él toda la columna, incendiando y destruyendo los demás, por no serle conveniente ni posible guarnecerlos: empleóse la tarde y el amanecer del día siguiente en la destrucción de los efectos de guerra y en la preparación para prender fuego á Tuk-nien, al salir de él al día siguiente, como lo verificó, habiéndose pasado la noche en alguna alarma por los disparos del enemigo, que al abrigo de la oscuridad nos hostilizaba. A media noche sobrevino la primera lluvia que amenazaba; si se hubiera prolongado, hiciera muy difícil la situación en medio de aquel terreno de arrozales, prontos á convertirse en una inmensa laguna.

Ya estaba la columna del Coronel Palanca próxima á la terminación de su trabajosa marcha, pues la ciudadela de Mi-cui distaba poco de Tuk-nien; para atacarla debía esperarse la llegada de otra columna francesa, procedente de Cay-lai, que debía llegar ante sus muros en la mañana del día 29; pero la vanguardia, que exploraba la marcha de la columna del Coronel, encontró la ciudadela de Mi-cui abandonada por el enemigo, que aterrorizado con la pérdida de obras que creía inespugnables, atacadas por un puñado de soldados, no se atrevió á esperar á los vencedores de Ni-bing y de Tuk-nien, ni detrás de las mismas defensas levantadas en Mi-cui, y desbandado por los campos dejaba de disputar ya sus posiciones.

El Coronel Palanca, sin dejar de darles caza con algunas guerrillas y enviando algunas granadas y cohetes á los grupos mas numerosos y compactos, siguió de frente hasta Mi-cui-tai, atravesando aun algunas obras avanzadas, y allí se reunió con la columna que venía de Cay-lai.

El día 2 de abril, la columna del Coronel Palanca se embarcaba en el *Vaicó*, á la desembocadura del arroyo de la Posta, habiendo seguido en el movimiento retrógrado el mismo camino recorrido hasta rebasar considerablemente Ni-bing, y explorando otro nuevo, así como todo el que conducía á dicha desembocadura desde Mi-thó, habiendo tenido aun que instalar varios puentes en este trayecto: las fatigas han sido considerables, y mas para hombres que acababan de operar para la toma de la plaza de Unig-long, y por su efecto perdieron algunos la vida, entre ellos el subteniente D. Manuel del Riego, fallecido en Mi-thó de vuelta de Unig-long, en Mi-cui-tai, el corneta de órdenes del Coronel Palanca, acometido de un acceso terrible de fiebre perniciosa; pero por las armas del enemigo solo ha habido que lamentar dos soldados heridos y algunos contusos, pérdida nula ante las del enemigo, y que debe ser un motivo mas de satisfacción para el Coronel Palanca, que ha dirigido las operaciones, y que puede estar bien seguro de que una sola falta de su parte, en las situaciones porque ha atravesado, hubiera acarreado la completa derrota, la pérdida total de su columna, sin esperanzas del menor socorro.

Hemos recibido también otra noticia de diferente especie, y algo desagradable; parece ser que la policía de Saigong ha llegado á descubrir una sociedad de envenenadores chinos, pagada por el Gobierno annamita. Los hijos del Celeste Im-

erío, tan dispuestos para todo, se habían apoderado de muchas cocinas cuando no se sospechaba de ellos; hoy aparece casi probado el envenenamiento de siete europeos por medio del arsénico, la mayor parte oficiales de la administración francesa; felizmente la cantidad de arsénico suministrada había sido tan escasa, que los médicos han conocido al instante lo que era, y han podido aplicar su ciencia con oportunidad: de ser algo más la dosis, todos hubieran perecido. Es de esperar, por consiguiente, que un ejemplar castigo tenga pronto lugar con este motivo.

LOS POETAS

DE

LA INDIA ANTIGUA.

KALIDASA.

III.

(Conclusion.)

URBACI (*á una de sus amigas*). Querida Tchitralekha: Yo no me atrevo á hablar al gran Rey que nos ha socorrido; sírveme tú de intérprete.

TCHITRALEKHA (*aproximándose á él*). Gran Rey, Urbaci me suplica te hable así: Al dejar á Pourouravas, desearé llevar conmigo su fama, como un tesoro, al mundo de los dioses.

EL REY. ¡Podamos volvernos á ver aun!

URBACI (*en el momento de partir, aparenta detenerse en su camino, y mira al Rey furtivamente*). Es extraño; mi guirnalda de flores se ha enredado en las ramas de una liana. Querida Tchitralekha, desátala.

TCHITRALEKHA (*sonriendo*). A la verdad que no puedo.

URBACI. Despáchate.

TCHITRALEKHA. Difícil es, pero sin embargo, voy á probar.

EL REY. ¡Oh liana! ¡Cuántas gracias te doy por poner obstáculos á su partida, puesto que así puedo ver una vez más á esa ninfa de grandes ojos, con el rostro vuelto hácia donde estoy!... (*Urbaci se cubre.*) ¡Ay! El amor desea lo que es difícil esperar. Volando hácia la vivienda aérea de sus padres, esta beldad lleva consigo mi corazón, como la hembra del cisne lleva un filamento roto del tallo del loto.

Existe una pequeña dificultad á este amor naciente, y es que Pourouravas está casado con Ansinari, hija del Rey de Kaci en Benarés. El segundo acto nos conduce al palacio, y asistimos á una escena familiar bastante picante, de un medio carácter cómico. Hállase en la mayor parte de las piezas indias un papel de bufon, que corresponde al parásito de las comedias griegas ó latinas, al criado de las comedias fran-

cesas, al clown inglés, al gracioso español; es lo que se llama el *vidouchaka*, charlatan, indiscreto, poltron, gloton, adulador, mentiroso, complaciente, sensual, y por lo demás, el mejor hombre del mundo. Y lo que hay de extraño, es que

MANAVAKA (*agitado*). ¡Oh malditos curiosos! Este secreto del Rey parece hincharse en mí como una parte de ofrenda de arroz cocido, y en medio de la multitud yo no puedo detener mi lengua. Por lo tanto, mientras que Pourouravas esté sentado en su tribunal, yo permaneceré en el interior de este templo solitario para huir de todo contacto.

NIPOUNIKA, *acompañante de Ansinari*. La hija del Rey de Kaci acaba de decirme: «Mi buena Nipounika, desde que el Príncipe mi esposo ha vuelto de la visita que ha hecho al Dios del sol, se diría que su corazón está vacío. Sabe, pues, por el respetable Manavaka, la causa de su extravío. ¿Cómo preguntar al braman? Por lo demás, el secreto del Príncipe no permanecerá mas en él que la blanca escarcha sobre la yerba. Busquémosle... Héle aquí. ¡Es singular! Inmóvil como un mono en un cuadro y meditando alguna cosa, este venerable sacerdote, se mantiene retirado: abórdemosle: Piadoso Manavaka, yo os saludo.

MANAVAKA. Salud. (*Aparte.*) Al ver á esta miserable criada, el secreto del Rey parece dispuesto á escaparse como si me hiriera el corazón. (*Alto, medio cerrándose la boca con la mano.*) Querida Nipounika, ¿dónde vas, olvidando tus deberes de música?

NIPOUNIKA. A vos es á quien busco, de orden de la reina.

MANAVAKA. ¿Qué manda?

NIPOUNIKA. Ha dicho: «El Rey no tiene atenciones hácia mí; no observa que tengo el espíritu atormentado y que estoy afligida.»

MANAVAKA. ¿No habrá sido conveniente la conducta de mi querido amo?

NIPOUNIKA. La Reina ha sido llamada por su esposo con el nombre de la mujer que le hace tan triste.

MANAVAKA. (*Aparte.*) ¡Y qué! ¿Mi augusto amigo ha hecho él mismo traición á su secreto? ¿Cómo entonces yo, simple braman, podría detener mi lengua? (*Alto.*) ¡Ah! ¿Pero de veras la Reina ha sido llamada con el nombre de Urbaci?

NIPOUNIKA. ¿Quién es esa mujer?

MANAVAKA. Es la ninfa

Urbaci. Estraviado por la vista de esa ninfa, no se contenta con apesadumbrar á la Reina; me atormenta también impidiéndome siempre comer.

NIPOUNIKA. (*Aparte.*) Ya sé lo que quería. Vamos á buscar á la Reina.

MANAVAKA. Nipounika, ten sobre todo mucho cuidado de decir á la hija del Rey de Kaci, que yo he procurado disuadir á mi real amigo de esa loca pasión; pero que bastará tornar á ver el rostro de su esposa para volver á ella.

NIPOUNIKA (*saliendo*). No me olvidaré de decirlo.



S. M. la Emperatriz Eugenia. (Véase pág. 217.)

este papel está casi siempre destinado á un braman: como Italia y España, como todas las naciones esencialmente sacerdotales, la India, grave y religiosa, se permitía libertades que pueblos menos creyentes no hubieran dejado de prohibir. Aquí, el braman Manavaka, dueño del secreto de Pourouravas, y desconfiando de su propia locuacidad, se refugia en un rincón de un templo, y se sienta, cubriéndose el rostro con las manos. Una especie de música, acompañante de la Reina, ha sido encargada de preguntarle y le persigue en su asilo.

Inútil es decir que un instante despues, Manavaka se ha vuelto á unir con su amo y le anima de todo corazón en sus ensueños novelescos, bien que por su parte prefiere una comida sustanciosa. Pourouravas es todo poesía y amor: entra en su jardín con el braman, se sienta en un bosque, se embriaga al aspecto de las flores, de las aves y de toda la naturaleza. Urbaci y su fiel compañera Tchitrakha, ambas invisibles, bajan del cielo en un carro mágico y asisten á esta conversacion tan interesante para ellas. Manavaka aconseja agradablemente al Rey piense sin cesar en su bella durmiendo y de pintársela en recuerdo, á fin de poseerla al menos en sueños ó en eligie. Urbaci, conmovida, graba algunas palabras tiernas en una hoja de haya, y su corta entrevista es turbada por la aproximacion de la Reina: las dos ninfas vuelven á remontarse al través de los aires y los dos hombres se retiran hacia el palacio. Ansinari y Nipounika encuentran y cojen la hoja de haya que acaba de revelarlas el fatal secreto, apenas entran en el jardín. En el tercer acto, Urbaci y su amiga vuelven á ver á Pourouravas; pero con los testigos misteriosos de una escena de reconciliacion mas ó menos franca entre él y su mujer. Ansinari, disimulando sus sospechas celosas, le ha dado una cita en un pabellon secreto, y llega á él con las manos llenas de presentes y la boca llena de palabras cariñosas. En su calidad de esposo infiel prodiga á la Reina cumplimientos y promesas, con gran escándalo de las ninfas, que desde lo alto ven y oyen todo. En el momento que sale la Reina, se adelantan, y el Rey renueva protestas de ternura que Urbaci no tiene fuerza para rechazar.

El cuarto acto se pasa en la selva de Akaloucha: este acto, escrito casi por completo en dialecto pracrito, poético, lírico y lleno de indicaciones mímicas y musicales, es enteramente un trozo de ópera. Sabemos por muchas ninfas los graves incidentes que han sucedido en el entreacto. Pourouravas abandona á Ansinari y el cuidado de su reino: ha seguido á Urbaci á las cimas del monte Kailaza, en los bosques encantados de Ghanda-madana, verdadero Eliseo reservado á los placeres de los dioses; han vivido allí algun tiempo reunidos. Pero el Rey ha tenido un momento de olvido: ha mirado con demasiada atencion á Udakavati, la hija de un génio aéreo. Entonces Urbaci, fuera de sí (porque la amable ninfa parece no comprender la infidelidad sino en provecho suyo), busca un asilo en la selva de Koumara, dios de la guerra, selva interdicta á las mujeres. Aquella profanacion ha sido castigada inmediatamente; ha sido metamorfoseada en liana silvestre, y su amante, desesperado de haberla perdido por su falta, se vuelve loco. En efecto, le vemos vagar acá y allá en la montaña: sueña, llora, se arrodilla melancólico y se levanta bruscamente; habla á las nubes, á las abejas, á las plantas, á los ruiseñores, á todos los seres, á todos los objetos que descubre: por todas partes busca, cree ver, abrazar en idea á la que le ha arrebatado el destino. En su locura, canta en los tonos mas variados, baila en las actitudes mas espresivas. En fin, toca una liana que se enlaza á lo largo de un árbol y la cubre de besos: es precisamente Urbaci, cuya trasformacion cesa. Aparece bajo su figura primitiva, y al verla, Pourouravas está á punto de perder el sentido.

EL REY. ¡Urbaci!

URVACI. Recobrad vuestros sentidos. ¡Oh gran Príncipe,

EL REY (abriendo lentamente los ojos). Querida amiga hoy revivo. Mientras te turbaba la cólera, mientras estuve

separado de tí, estuve abismado en las tinieblas. Te vuelvo á hallar, y eres la vida que vuelve al que la habia perdido.

URBACI. Perdoneme el noble Rey los enojos que en mi cólera le he causado.

EL REY. Tú no tienes necesidad de disculpa; tu vista sola me tranquiliza. Pero responde: ¿Cómo has estado tanto tiempo separada de mí? Los faisanes y los cisnes, los elefantes y las gacelas, las montañas y los rios, nada ha habido á que no haya interrogado mientras vagaba llorando por los bosques.

URBACI. Principe de palabras dulces, mucho tiempo se

MANAVAKA. ¡Qué dicha! ¿Vuestra magestad tiene un heredero?

EL REY. Amigo, ¿cómo puede ser esto? Escepto durante un sacrificio, yo no he dejado á Urbaci, y nunca me ha parecido presentar las señales de la maternidad. ¿De dónde viene este hijo? Sin embargo, su cuerpo, durante algunos días, pareció un poco fatigado; su seno estaba moreno, su rostro pálido, su brazalete demasiado ancho para su delgado brazo.

MANAVAKA. Vuestra magestad sabe bien que Urbaci no es una mujer como otra cualquiera.

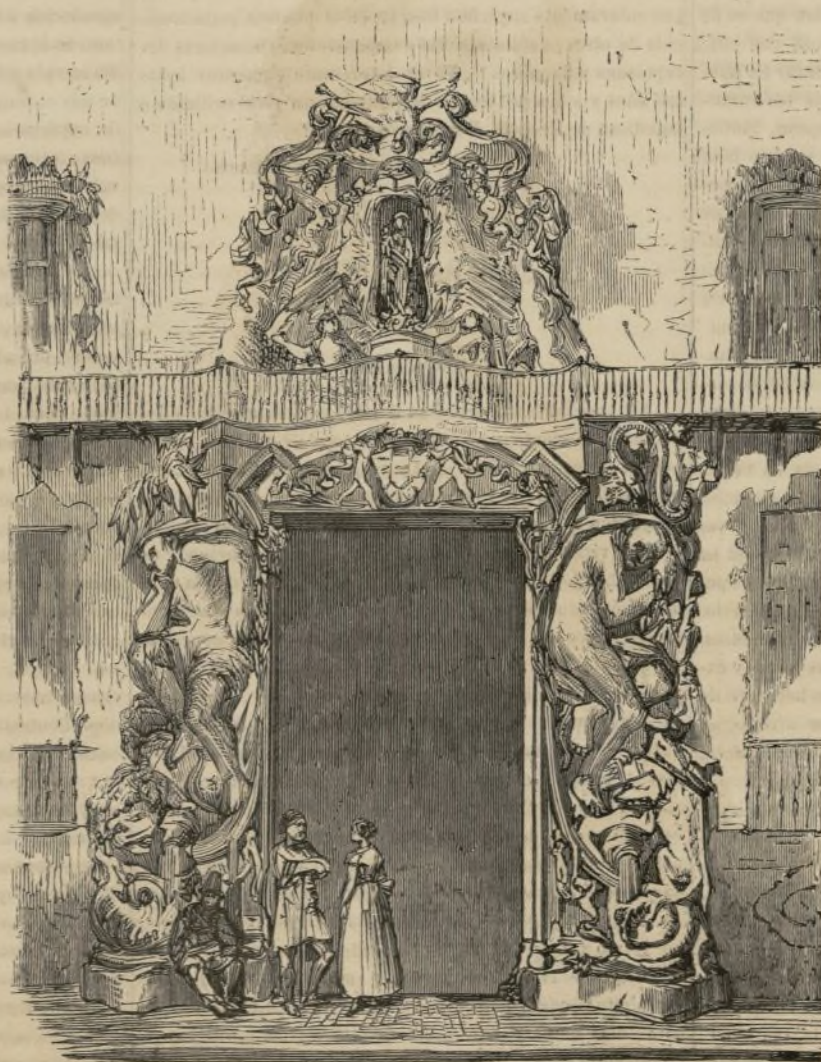
Un religioso lleva un niño: es Ayous. Al padre se le llenan los ojos de lágrimas al ver á su hijo; el hijo se estremece de dicha y junta las manos con respeto en presencia de su padre: ellos serán dignos uno de otro. Urbaci acaba de tomar parte en aquel reconocimiento conmovente; pero cuál es su dolor. Así que la educacion de Ayous terminase, estaba condenado á restituirse al cielo; era necesario por lo tanto dejar á Pourouravas. Este, como verdadero Príncipe indio, no vacila en abdicar: hace consagrar á su joven heredero y en cuanto á él se retirará á las selvas, habitadas solamente por los ciervos y las gacelas. En vano lo rehusa el niño; Pourouravas lo ordena.

EL REY. Hijo mio, obedece. El elefante de buena raza aun cuando sea joven, somete á los demás. El veneno de la serpiente joven no tiene menos actividad ni fuerza. Un Rey, aunque joven, puede gobernar la tierra; porque no es la edad, es la sangre la que dá la virtud, el poder de cumplir sus deberes.

Esta es una idea de Séneca y de Corneille. Como siempre, un dios despeja las situaciones embrolladas. Navade, un sábio adivino, hijo de Brahma mismo, baja del cielo y anuncia que los dioses, conmovidos del amor del héroe y de la ninfa, consienten en no separarlos nunca. Todos contentos, salvo quizá la Reina Ansinari, de la que me pesa decir no se vuelve á hablar. Ciertamente no es el drama tal como nosotros le concebimos, especialmente hoy; pero la frescura de las descripciones, la delicadeza de los sentimientos, hacen de esta obra una de las producciones mas atractivas de la escena inda.

La obra maestra del poeta, es su drama *Sakountala*, cuya reputacion

ha pasado desde hace mucho tiempo los estrechos límites de los estudios sanscritos. Tres traducciones en alemán, dos en inglés, dos en francés, una en italiano, le han hecho conocer á los lectores mas estraños á los dialectos indios. Los criticos le han encomiado: Goethe le ha concedido un magnífico elogio; en fin, recientemente en París (aunque con un éxito mediano) se ha sacado de él el bosquejo de una composicion musical y coreográfica. Aquel diálogo pastoril en siete actos, que recuerda alguna vez la *Aminta* del Tasso y el *Pastorido* de Guarini, es, como la pieza precedente, un lugar comun de ilusion y amor, incrustado en cuadros mágicos y novelescos. Conviene notar que la ternura, tan raramente espresada por los trágicos griegos, y al contrario, desarrollada hasta el exceso por los dramaturgos modernos, era el alma del teatro indio. Kalidasa y sus émulos no se preocupaban sino débilmente de variar la estructura de la fábula; y conseguido que los versos fuesen armoniosos, los sentimientos dulces, las escenas graciosas, el autor y el público se daban por satisfechos. Aquí tambien se usan los mismos resortes, los mismos tipos y la misma marcha. Despues de un prólogo, donde figuran un braman, el director de la compañía y una actriz, Kalidasa nos muestra en una selva al Rey Douchmanta, persiguiendo con sus fle-



Fachada principal de la casa del Marqués, Dos-Aguas, en Valencia. (Véase pág. 247.)

ha pasado desde que abandonamos la ciudad de Pratisthana. Vuestros súbditos murmuran quizá por vuestra ausencia. Venid. ¡Partamos!

EL REY. Mi muy amada tiene razon.

URBACI. ¿Cómo quiere el gran Rey ir á ella?

EL REY. En una nube convertida en carro celestial para nuestro feliz retorno; en una nube, brillando con los vivos colores del arco iris é iluminada por el resplandor de los relámpagos. ¡Partamos!

En el quinto acto, el braman Manavaka, la Reina Ansinari, todo el pueblo han visto con gusto al monarca que creian perdido. Un raro incidente trae el desenlace. Un buitre acaba de agarrar y arrebatarse una joya mágica perteneciente á Pourouravas. Todos le persiguen en vano; pero bien pronto se encontró al ave muerta y atravesada por una flecha. ¡Quién lo creyera! Aquella flecha es la de un hijo, nacido de los rápidos amores del héroe y la ninfa; un hijo que ha crecido súbitamente, y á quien su madre ha hecho criar en una ermita, ignorando su propio padre su existencia. No olvidemos que estamos en plena magia.

EL REY (leyendo la inscripcion de la flecha). «Esta flecha es la del joven arquero Ayous, hijo de Pourouravas y de Urbaci, y futuro destructor de los enemigos.

chas á un antílope, y llegando así á una ermita sagrada. Allí, criada por el sacerdote Kanwa, una jóven, Sakontala, juega con sus compañeras. El Rey, la encuentra, la observa en secreto, se enamora de ella, y sabe que debe la vida á un dios y á una ninfa. El desarrollo de esta situación, bastante comun, es de una gracia y riqueza incomparables, y bastan para hacer agradable el drama entero, animado por un gran número de papeles accesorios, y sobre todo, por el del viejo Madhavya, que también es un sacerdote charlatan, bufon, indolente, gloton y confidente servil del Príncipe. Hemos hecho observar que los poetas indos usan y abusan de estas pinturas de bramanes viciosos ó ridículos, verdaderas caricaturas, por las cuales la malicia, inherente al hombre, sacaba su escote contra el despotismo sacerdotal. En fin, Sakontala cede al movimiento secreto que se esfuerza en sofocar; y despues de una de las lindas escenas amorosas que se ha visto jamás en el teatro, Douchmanta se desposa con ella, aunque ya casado muchas veces. Obligado á entrar en Hastinapoura, su capital, la deja bajo la custodia de los eremitas. Kanwa la hace partir para la corte de su esposo, dándole excelentes consejos sobre la vida conyugal, porque bien pronto debe ser madre. Aquí acontece una estraña peripecia: Sakontala, absorta en su amor, habia olvidado un deber de hospitalidad. Aquella ligera infraccion la espone á la maldicion de Dourvasas, el mas irascible de los eremitas. El anatema tiene por efecto alterar los recuerdos y memoria del monarca. Al ver á la jóven, la encuentra bella, la admira y la compadece; pero no la reconoce, y su virtud le impide aun escuchar sus tiernas palabras. Júzguese de la sorpresa, dolor y cólera de Sakontala, cuyo lenguaje se eleva entonces hasta la elocuencia. Un anillo que Douchmanta le habia puesto en el dedo, podria convencerle de su error; pero le ha perdido. Aléjase con una desesperacion silenciosa y resignada. Por dicha, en los dramas como en las novelas, los anillos perdidos se hallan siempre. Un pescador ha encontrado justamente aquel en el cuerpo de uno de los peces del lago vecino, y le lleva al Rey. La vista de aquel objeto le vuelve la razon, pero le llena de remordimientos. Entrégase á la penitencia, publica las leyes mas justas y caritativas, y gime de no poder transmitir á ningun heredero de su sangre tanta gloria y poder. Todo acaba por arreglarse, merced á la intervencion de los dioses. En el sétimo acto, separado del sexto por muchos años, Douchmanta encuentra en una ermita un niño que loquea con los leoncillos, y anuncia los instintos mas heróicos; aquel niño es el suyo: es Sarvadamana, que será célebre un dia bajo el nombre de Bharata. Sakontala le es devuelta también, y pasa de un prolongado y triste abandono á una felicidad perpétua, terminándose la pieza por una especie de apoteosis.

La semejanza de este drama con *Vikramorvaci* es tal; hay en los dos tantos incidentes maravillosos y detalles poéticos, tanta dulzura con algun tanto de zalameria, tanto brillo con un poco de superabundancia y difusion, que hemos debido contentarnos con recordar la intriga de *Sakontala*, sin insistir en su análisis. Pero, salvo nuevos descubrimientos, esta tragi-comedia es seguramente la mejor inspiracion de la poesia dramática de los indios. El autor capaz de componer tal obra, era muy superior á los escritores vulgares. El conocimiento del corazon humano, el juego y enlace de las pasiones, una filosofia calmada y dulce, una alegría espiritual y reservada, una facilidad de estilo y una fecundidad de imaginacion notables, tales son las cualidades que Kalidasa ha desplegado en ella, y que en otro drama, sus dos pequeños poemas épicos y su elegía del *Megha-Douta*, revelan igualmente, aunque á medias. Lo hemos dicho: tiene los defectos de sus cualidades: una sutileza digna de un retórico, una coqueteria casi femenil en su diction, puerilidad en ciertos detalles, muchas antitesis é hipérboles. A pesar de estos vicios brillantes, comunes á toda la poesia oriental, Kalidasa merece ser mas conocido de lo que lo es. Sus obras completas han sido recientemente traducidas al francés por un indianista laborioso y distinguido, M. Hipólito Fauche: era una obra difícil, y que exigía raros conocimientos; monsieur Fauche lo ha logrado honrosamente, y su trabajo merece muchos elogios, aunque, segun nosotros, no llene perfectamente el objeto que en materia semejante se debe proponer el autor ante todo. Este objeto es hacer accesible á un círculo estenso de lectores, lo que estaba reservado á un pequeño número. El nuevo traductor no ha tenido bastante

en cuenta las exigencias del gusto moderno. Se nos perdonará el habernos atendido menos severamente á la letra del texto y el haber buscado un temperamento entre la elegancia poco fiel de Chézy y la fidelidad poco elegante de monsieur Fauche. Quizá hayamos logrado así dar á conocer mejor á Kalidasa. Dichosos seríamos de haber podido inspirar al público inteligente y curioso el deseo de estudiar mas de cerca á este poético representante de un país tan lejano, de una edad tan antigua, de una raza en otro tiempo tan grande, y que se agita aun en el abismo donde la han sumido tantos siglos de esclavitud. En una época en que se quejan en todas partes y en todos los tonos de que la poesia está muerta en cuanto nos rodea; que la prosa invade paso á paso nuestra sociedad, nuestras ideas y nuestras costumbres; que el ideal se retira del horizonte, como un sol eclipsado, ¿es enteramente supérfluo buscar en la historia poco conocida de otros pueblos algunas compensaciones á nuestras decepciones y flaquezas? ¿No es interesante encontrar á dos mil años y á dos mil leguas de distancia un rival brillante é ingenioso de Hesiodo, Eurípides y Ovidio?

JOSÉ LESEN Y MORENO.

EL NAUFRAGO DEL RIFF

(Continuacion.)

Así trascurrieron seis dias. Las angustias que en ellos padecí, á la mente y no á la pluma toca descifrarlas, pues son mas para imaginadas que para descritas. Una mañana, que debió ser la del 10 de mayo, ví aparecer de nuevo en mi prision á *Maraguari*, y desde luego me llamó la atencion su visita, porque desde que me desató los brazos, no habia abierto la puerta para nada, dándome la comida y el agua de costumbre por debajo de ella. Mandóme que le siguiese, pero mis hierros me lo estorbaban y fué necesario quitármelos para obedecerle. Despues de dos leguas de mal camino, en que invertimos lo menos seis horas, llegamos á otra casa que tenia este moro cerca de Melilla y haciéndome entrar en ella, me esplicó como habian sido sus heridas y las de su hija, y como él habia muerto á un negro que venia entre los Cristianos que le atacaron. Terminado el negocio que allí le habia traído, me ordenó agarrarme á la cola del mulo que montaba, y casi al galope me hizo desandar las dos leguas de la mañana, porque iba ya oscureciendo. Llegué hecho un S. Lázaro y, para alivio de mis penas, me volví á poner los grillos y la cadena. Pasé mala noche: en sus primeras horas me rindió el sueño, y pude descansar alguna cosa; pero unos dolores reumáticos, de que hacia dias empezaba á resentirme, tomaron tanto incremento con la fatiga de aquella marcha forzada, que me desvelé cuando los gallos daban sus primeros cantos. Al amanecer oyó sin duda *Mojamedí* mis lamentos, y acudió á preguntarme que tenia. Mi estado no debió parecerle el mas liosongero, pues apenas le indiqué, como Dios me dió á entender, que me trajese un poco de manteca y malvas para curarme, me lo proporcionó: Dime una unción en el vientre, que se me habia hinchado, y encima me puse una gran cataplasma, con lo cual noté alivio.

Era por entonces la época en que celebraban los riffños su *ramadan*, (cuaresma) y como les está prohibido probar bocado sin la luz de las estrellas, apenas el lucero de la tarde lanza sus primeros rayos desde occidente, se arrojan como lobos á la comida, que siendo por lo general de fiambre y estando los estómagos poco preparados á la digestion con tan rigoroso ayuno, no deja de producirles sérios cólicos. Tras el desvelo de la noche anterior y la intensidad de mi padecer en ella, hallábame sumido en un profundo sueño, cuando vino á sacarme de él mi amo, con una estraña petición. Uno de sus hijos se habia dado un atracon de leche ágría, que es como la toman ellos, y estaba hacia tres dias mas muerto que vivo; queria pues que le hiciese un poco de botica para que se pusiese bueno: le contesté que yo no era boticario, ni entendia una palabra de medicina; pero me instó tanto para que ensayase en su hijo el mismo tratamiento, que tan buen éxito habia logrado en mí, que le dije me lo trajese, porque yo no podia andar de la mane-

ra como estaba aherrojado. Quitóme en el momento los hierros, y me llevó al sucio dormitorio de su familia; donde sobre un pedazo de estera yacia el jóven enfermo. Al aspecto de aquel semblante demacrado y lívido, sobre quien la muerte iba por instantes estampando sus huellas, no pude menos que declarar á su padre lo inútiles que serian todos mis esfuerzos por salvarle, y que temia, si yo lo medicinaba, que me achacase su muerte y se ensañase conmigo. No tengas cuidado me contestó, ya sé que mi hijo se muere, y tu no tendrás la culpa sino logras curarlo. Pedí entonces que me trajeran malvas y manteca; hice con todo una cataplasma, y se la apliqué al estómago; despues en aquel agua, donde se habian cocido las malvas, desleí una buena cantidad de miel, y se la hice beber. Quiso Dios y la privilegiada naturaleza que tienen aquellos salvajes, siempre agradecida á los recursos del arte, que á poco rato de haber tomado el breva, rompíase en un copioso vómito, que le dió la vida y á mí el consuelo de verme libre por entonces de mis cadenas, porque el pobre muchacho, que me repetia conforme se iba mejorando, que yo era para él como Dios; intercedió con su cruel padre, para que no me los volviera á poner, y aun consiguió al siguiente dia que me dejase salir de mi hedionda caverna, á tomar el sol algunos ratos.

Lucía el sol sobre el Meridiano el dia 15 de mayo, y estábamos sentados en la puerta de la casa *Maraguari* y yo, con *Mojam*, *Arbesac* y sus dos hijos, que habian venido á verme, cuando por el camino que serpeaba á nuestro frente, vimos acercarse un moro á paso mas que regular. Tan luego como la distancia me permitió distinguir sus facciones, reconocí en él al que debí mi primer asilo en aquella tierra maldita. Creí por el pronto, que vendría á verme, segun me prometió al separarnos en *Frajana*, pero no tardé en averiguar era otro el objeto de su visita, pues la necesidad de entenderme con aquellas gentes, me habia hecho aprender medianamente su idioma. Despues del saludo de ordenanza entre ellos, reclamó el recién venido, que le entregasen el inmundo y agujereado jaique que fingia cubrir mis carnes, pues muchos de sus girones, habian hecho causa comun las breñas y zarzales de aquellos campos baldíos. Contestáronle mis amos, que el jaique era mío; pues cuando se compra un toro ó una bestia cualquiera, se compra con pelo y pellejo, y siendo aquel sayal para mí, lo que á las bestias es el vestido natural, no tenia derecho para reclamarlo. La plática se convirtió en disputa, y no sé que término hubiera esta tenido, si el advenedizo, reflexionando sin duda que no era aquel su pueblo, ni podia quedar muy bien parado en una lucha de cuatro contra uno, no hubiera tomado las de Villadiego, echando por aquella boca sapos y culebras. A mí no dejó de hacerme cosquillas por algun tiempo la comparacion.

Estendióse como por encanto por los vecinos aduares la maravillosa curacion del hijo de *Maraguari*, y no tardaron en asediarme donde quiera que me encontraban una porcion de enfermos, que me pedian un poco de botica para sus males; por mas que les hacia presente mi ignorancia en la ciencia de Galeno, no podia alejarlos de mi lado sin recetarles alguna cosa, si bien se reducía toda mi farmacopea á malvas, manteca y vinagre, medicinas que si no obtenian una curacion radical, tampoco, por su benignidad, encrudecian la dolencia. Entre estos infelices llegó, acompañado de su padre, un muchacho como de nueve años, con un monstruoso herpe, que le cogia mas de la mitad de la cabeza, y siendo pariente de mi amo, tomó este empeño en su curacion. Preparé una disolucion de sal y pólvora en vinagre, y con ella le daba dos fuertes fricciones al dia, cubriendo despues la úlcera con un trapo empapado en la misma disolucion; con lo cual, y á pesar de la resistencia que oponia el jóven paciente, cuyos lamentos me asordaban, conseguí ponerlo bueno en pocos dias. Agradeciéndome el padre con seis huevos y unas pocas de habas secas mi trabajo; pero el muchacho, que recordaba sin duda los malos ratos que le habian dado mis unturas, huía de mí como del diablo apenas me veía.

Iba de dia en dia *Maraguari* mostrándose menos severo conmigo, si bien no dejaba de cuando en cuando, en medio de su aparente calma, de escaparse á su lacerado pecho alguna que otra chispa del mal apagado incendio, que su odio á los cristianos habia en él atizado. No me prohibia ya

salir á tomar el aire puro de la mañana en el contiguo llano, ni pasar casi dias enteros en la mezquita que se alzaba en él, y que estaba al cuidado de un fraile, cuya única ocupacion era la de coser trajes moriscos. Ayudábale yo algunos ratos en esta faena, y le divertia contándole los usos y costumbres de España, con lo que fui captándome poco á poco su aprecio, hasta el punto de que me echaba de menos cuando el mal humor de mi amo retardaba la ansiada hora de mi paseo. Me traía con frecuencia de su casa pedazos de carne asada, frutas, huevos y tortas, de suerte que como esta comida era inmensamente mejor que la que me daba mi amo, hacia lo posible por tener contento al fraile, para que continuase su buena obra. Sin embargo, el genio sombrío y feroz de *Mojamedí*, se me hacia cada vez mas insupportable, y el suelo húmedo y asqueroso de mi vivienda, me hacía suspirar por el poyo de cal y canto que me servia de lecho en casa de *Monjam Arbesac*. Hablé pues á este, un día que vino á verme, para que me llevase consigo, y quedé aplazado mi viaje para el treinta de mayo.

Llegó por fin aquel día. Montó *Maraguari* en su mulo, y me permitió que me agarrase á las aguaderas para seguirle. Fuimos así caminando largo rato, sin que viniese á turbar nuestro silencio, por aquellos breñales otra cosa mas que el monotonó andar de la cabalgadura, ó el ruido que hacia de vez en cuando alguna piedra, que los pies de aquella ó los míos, sacaban de su sitio para enviarla rodando al fondo de los precipicios. Mi deseo por llegar cuanto antes á la hospitalaria morada, donde el buen trato suplía á la abundancia, me tenia distraído de todo; pero cuando, al subir por la vertiente de un monte, tendí maquinalmente la vista hacia mi derecha, y divisé cruzando cerca del sitio llamado de los *Farallones*, que distan de Melilla legua y media, el launchon y un bote de aquella Plaza, que sin duda estaban esperando algun buque para remolcarlo; el recuerdo de mi familia y de mi patria, el horror de mi cautiverio, y cuanto tétrico y de aterrorador encerraba mi situacion, vino de repente á combatirme.

Mis ojos no podian apartarse de aquellas embarcaciones queridas, donde los que en mil ocasiones habian corrido conmigo placeres y peligros, navegaban tranquilamente, olvidados de mis ansias y desventura. Mi cabeza fué por algun tiempo girando hacia atrás, como movida por un resorte; sin cuidarme de los tropezones que á cada paso iba dando, hasta que las sinuosidades del camino, me los hicieron perder de vista. Entonces mas que nunca me abandonaron las fuerzas y el valor, y mi papel de *asendereado escudero*, se me fué haciendo tan penoso, que me vi en la precision de pedir á mi tirano señor, me dejase montar un rato. No hizo caso; volví á decirselo, y me contestó con mal modo «mas adelante» seguí arrastrándome como una hora mas, sin que mi estado le moviese á compasion, pareciéndome que se habria olvidado de mi exigencia, me atreví á insistir en ella. Se apeó entonces refunfuñando, y me cedió la montura; pero todavía no me habia acomodado bien en ella, dió á la caballería cinco ó seis palos tan tremendos, que empezó aquella á brincar y encabritarse, concluyendo por arrojarne al suelo. Tan mal parada quedé de la caída mi pierna derecha, que ni pude volverme á montar, ni á duras penas dar un paso. Tuvimos pues que hacer noche, en casa de un amigo de *Mojamedí*, quien nos dió de cenar gachas de harina de habas y el consabido pan de cebada, del cual iban cortando trozos á pellizcos, estrujándolos y mojándolos en las gachas. Dos ó tres horas antes de amanecer, tomamos de nuevo el interrumpido camino, llegando al término de nuestro viaje cuando el sol empezaba á dorar las crestas de las montañas.

(Se continuará.)
JOSÉ JUAN GRANCHE.

DOÑA ELVIRÁ DE VILLENA,

LEYENDA CABALLERESCA

POR EL CAPITAN GRADUADO DE COMANDANTE
D. SERAFIN OLABE.

(Continuacion.)

¿Quién vá? esclamó denodado
Tirando del limpio estoque

¡Ay del que mi ira provoqué!
En su corazon menguado.....

Interrumpiéndole los seis del embozo hasta las cejas, con sus seis lenguas de acero que en los aires centellean, y en resplandecientes círculos al noble galan encierran, mientras él hace prodigios de valor y de destreza, tratando de abrirse paso hacia el puente del Eresma; por cada línea que avanza seis mandobles endereza, pero su heroica bravura admira mas que amedrenta, porque es casi fabulosa tan ofendida defensa. Ya por fin medio rendido al puente anhelado llega, mas no es posible le asistan por mucho tiempo las fuerzas y aun tiene en su retirada que subir una ágría cuesta, para llegar á poblado y topar quien le proteja, por colmo de desventura su largo estoque se quiebra y con un trozo no mas de su vida desespera; pero en el último extremo ardiendo en cólera ciega, clava el acero en el pecho del que le acosa mas cerca; en su exánime cadáver el trozo de estoque deja, y en direccion de Segovia escapa á toda carrera; que aunque volver las espaldas mucho al hidalgo le cuesta, en un caso tan extremo no es milagro que la vuelva; los otros cinco no quieren, aunque se escapa su presa, ni acercarse á la ciudad ni menos entrar en ella, que hay ministros con las rondas y soldados en las puertas; recojet al camarada que pereció en la refriega, en tanto que el perseguido á su alojamiento llega, se acuesta, sopla la luz, y se duerme á pierna suelta; porque en él ya era costumbre aventuras como aquesta, y no turbaban su sueño las continuas peripecias.

(Se continuará.)

COCHINCHINA.

Sabemos que el Coronel Palanca ha dirigido desde Saigong la carta siguiente al Señor empresario del Teatro de Novedades, con fecha 30 de mayo.

Señor empresario del Teatro de Novedades.—Muy señor mio: En las *Gacetas* llegadas por el último correo he tenido el gusto de ver anunciada una funcion extraordinaria, cuyo beneficio dedica la empresa de ese Teatro á las familias de los muertos en la guerra de Cochinchina; y creo en mi un deber, que empleo muy agradablemente, el hacer saber á V. el vivo sentimiento de gratitud que ha despertado en todo el cuerpo expedicionario de mi mando semejante prueba de patriótica simpatía y cariñoso recuerdo, de valor tanto mas elevado, cuanto que por efecto de circunstancias, que no es del caso enumerar, se hallan poco avezados los va-

lientes soldados que combaten en Cochinchina á muestras privadas tan espresivas y públicas de aprecio, así como las familias de las víctimas del honor militar que han aclarado sus filas; familias que son en gran número, pues monta á una cifra muy subida y en inmensa desproporcion con el total efectivo, la de los que han regado con su sangre y pagado con su vida los laureles que adornan su bandera, ó han venido á encontrar una fosa ignorada, en tierra extraña y enemiga, sucumbiendo á las mortales fatigas de un clima abrasador.

La generosa idea que ha puesto V. en práctica tiene, además de su propio mérito la oportunidad de haberse llevado á cabo en la Península un acto filantrópico del que han de aprovecharse principalmente los indígenas de Filipinas, pues á la poblacion de dichas islas pertenecen y han pertenecido todos los soldados, muchos cabos y sargentos y algunos oficiales de este cuerpo expedicionario; lo que hará comprender perfectamente los dignos sentimientos de los españoles del otro lado del mar, y cómo se interesan de corazon por la suerte de los naturales del Archipiélago; pensando á tanta distancia en sus aflicciones, queriendo enjugar algunas de sus lágrimas, y demostrando vivo entusiasmo por las glorias que las armas de este Ejército proporcionan á la España.

Con este motivo se ofrece de V. afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.—*Carlos Palanca Gutierrez*.

RETRATO DE S. M. LA EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES.

Damos el retrato de nuestra esclarecida compatriota doña María Eugenia de Guzman y Portocarrero, Condesa de Teba; hoy augusta esposa de Napoleon III, sublime posicion en que la Providencia parece haberla colocado, para contrarrestar con su rectitud de miras, é inefable dulzura de caracter, las bruscas tendencias de los que sueñan edificar para el porvenir, convirtiendo en ruinas todo lo que existe en lo presente, olvidándose de que aun esto, en la proporcion que existe, es la mas preciosa conquista de los siglos.

Bien sostiene aquella excelsa señora el honrosísimo calificativo de Guzman (*hombre bueno*), con que sus heroicos antecesores supieron distinguirse en una de nuestras mas célebres épocas históricas.

MONASTERIO DEL PAULAR.

Al pié de la montaña de Peñalara, en lo antiguo, Liruela, (provincia de Madrid, partido judicial de Torrelaguna), se eleva un edificio donde piadosos solitarios practicaron la austera regla de S. Bruno, en medio de los rigores de un clima que bien podria llamarse la Siberia de nuestra hermosa península. El muro que al parecer aislaba este edificio del resto del mundo era por todas partes sólido, alto, y fabricado con toda perfeccion. En el interior tenia el Monasterio magníficos claustros, cómoda hospederia, y anchurosas viviendas con jardines y cuantas comodidades se pueden imaginar. La iglesia superaba en magnificencia al resto del edificio, y el altar mayor era la joya de toda la construccion: el tabernáculo llena de admiracion á cuantos lo ven. La silleria del coro era de nogal y de notable buen gusto artístico. Antes que las llamas devorasen la iglesia debió tener primores que no hemos podido admirar en nuestros tiempos, porque la restauracion no correspondió al anterior mérito. La fundacion de este monasterio se debe al Rey don Enrique II, siendo enriquecido por la munificencia de otros soberanos, y entre ellos los Reyes católicos que hicieron merced al convento de la pesca de todos los abundantes arroyos que hay desde el monasterio hasta el nacimiento del rio.

CASA DEL MARQUES DOS-AGUAS.

El edificio cuya vista reproducimos en un grabado, sobresale entre los mas primorosos que ostenta la hermosa Valencia por el prolijo trabajo de escultura que campea en su fachada principal, formando el marco de su portada. Débese este trabajo en piedra de las canteras de Ricascut, al célebre escultor valenciano don Ignacio Vergara, que lo ejecutó con arreglo á diseños del pintor Rovira.

LOS CAZADORES DE BISONTES.

CAPITULO XXV.

Encuentro de Ike con un Oso gris.

(Continuacion.)

Quedé sumamente admirado; sin embargo, no me detuve á ver lo que esto significaba, sino cuando puse entre él y yo cierta distancia considerable. Entonces di media vuelta, y pude mirar á mi satisfacción. Creedme, señores, que la escena que se presentó á mi vista hubiera hecho reír al hombre de mas formalidad.

Algunos minutos antes tenia un miedo cervical; pero ahora que me veía seguro me eché á reír, pero de una manera tan descompasada, que me dolían los vacíos.

El oso tenia la cabeza enteramente metida por el agujero de la manta. Por algunos momentos se sentaba sobre sus patas, y entonces la manta colgaba alrededor de él como un poncho mejicano; un instante después volvía á caer sobre sus cuatro patas para perseguirme, y entonces la manta embarazaba sus brazos y le hacia dar una vuelta; rodaba por el suelo y bregaba por desembarazarse, dando bramidos como los de un bisonte rabioso. ¡Por Jossafat! Era la ciertamente escena mas cómica que habia presenciado en toda mi vida.

Permanecí un momento divirtiéndome con este espectáculo, pero nada mas que un momento; porque sabia que si el oso se desembarazaba de la manta, podia aun alcanzarme y obligar á subir al árbol. Yo no tenia gana de entregarme á este ejercicio; por eso emprendí de nuevo mi carrera y llegué bien pronto al campo. Ensilé mi yegua y volví al paraje donde habia dejado mi escopeta, muy dispuesto á volverla á tomar, si era posible, para dirigir á mi oso una nueva salutacion.

Cuando llegué á lo alto de la colina vi aun al animal en la praderia, siempre envuelto en la manta. Sin embargo, el oso parecia dirigirse hacia las alturas, pensando acaso que mi compañía no era de las mas agradables.

No tuve humor de dejarle continuar tranquilamente su camino, después del miedo que me habia hecho pasar: por otra parte, ¿aquel ladrón no se llevaba mi manta? En un galope llegué al sitio donde habia dejado mi escopeta, metí en ella una bala, y me puse á correr tras el oso.

Llegué muy pronto cerca de él, y se volvió mas feroz que nunca. Esta vez, montado sobre mi yegua, me creia mas seguro que diez minutos antes; estaba yo menos agitado, y por consiguiente mi puntería debia ser mas cierta. Hice fuego y le metí en el cráneo una bala que le hizo rodar por tierra, envuelto aun en la manta. ¡Pero en qué estado se hallaba esta! ¡Pobre manta mia! No quedaba mas que un pie cuadrado que no estuviese hecho girones. ¡Ah, señores, no sabeis lo que es perder un mackinaw de cinco puntas!

Que lleve el diablo al oso; tales son mis deseos mas sinceros.

CAPITULO XXVI.

Una lucha con varios osos grises.

Al Capitan, autor de este libro, se le solicitó que refiriese una aventura que le habia acontecido con los osos grises. Habia viajado en compañía de gentes de costumbres estrañas, cazadores de cabelleras en las montañas, cerca de Santa Fé, donde en el momento que menos se pensaba eran sepultados en torbellinos de una nieve espesa que les impedia continuar su camino y dejar el paraje donde á la sazón se hallaban.



Croquis de las operaciones practicadas por las tropas franco-españolas al mando del Coronel Palanca en la provincia de Mi-thó, desde el 27 de marzo á 2 de abril de 1862.

ESPLICACION.

■ Ejército franco-español.

□ Ejército annamita.

1 Cay-lay.—2 Mi-cui-tai.—3 Ciudadela de Mi-cui.—4 Fuerte de Tuk-nien.—5 Fuerte de Ni-bing.—6 Long-dieh.—7 Obras en construcción.—8 Long-hoi.—9 Cho-ben.—10 Trung-luong.—11 Dao-nhagan.—12 Mi-thó.—13 Arroyo de la Posta.—14 Quien-an-plin.—15 Val-có.—16 Rio Gam.

El cañon, valle profundo, en el que habian establecido su campamento, era difícil de flanquear en todas las estaciones, y en este momento, sobre todo, el sendero, cubierto de una espesa capa de nieve no muy sólida para soportar nuestros pasos, se habia hecho impracticable. Cuando amaneció, se hallaron completamente enterrados.

Por todas partes el valle estaba interceptado por una sima que tenia cinco brazas de profundidad. Los desfiladeros inmensos ó barrancos estaban llenos de nieve; hubiera sido muy peligroso aventurarse á dar algunos pasos en cualquiera direccion que fuese. Dos hombres habian ya desaparecido en una de estas simas llenas de nieve.

De los dos lados del campamento se elevaban las murallas que formaban el Cañon, levantadas como si fuese á pico, casi á cien piés de altura. Si el temporal hubiera sido mas benigno, se habria podido ensayar el subirlas, porque la formacion de la roca presentaba numerosas sinuosidades; pero estas estaban cubiertas de una capa de nieve que hacia su acceso imposible. El terreno estaba helado á varias pulgadas de profundidad, antes que la tormenta se hubiese desencadenado, y aunque hacia ya algunas horas que no helaba, la nieve no nos podia aun sostener.

Todos los esfuerzos que hicimos para salir de allí fueron inútiles, y muy pronto renunciámos á ellos, abandonándonos á nuestra suerte, sin saber positivamente en qué fundar nuestra esperanza.

Durante tres días enteros permanecimos sentados alre-

dedor de nuestras hogueras, dirigiendo de tiempo en tiempo al cielo una mirada sombría é investigadora. Siempre teníamos á nuestra vista el mismo horizonte, de un gris monotonoso, sembrado de nubes, que la brisa impelia hacia el Este; continuaba nevando. No teníamos la satisfaccion de ver en el cielo ni un punto claro que sirviera de consuelo á nuestros fatigados ojos.

La plataforma sobre la que estábamos acampados, y que era de poca estension, espuesta, como lo estaba, al viento que la barria sin cesar, no habia sido hasta entonces cubierta de nieve; en su superficie habia algunos pinos esparcidos, enfermizos y completamente despojados de ropa; eran unos cincuenta piés de árboles. Con esta leña hacíamos nuestras hogueras; pero de qué nos servian estas, no teniendo carne que hacer cocer?

Hacia tres días que no teníamos víveres; no nos hallábamnos, sin embargo, enteramente desprovistos de alimento. Los hombres habian tostado los cueros de las fundas de sus escopetas y los forros de piel de gato de sus morrales, y se les veia morder esto como último recurso (me equivoco, sin embargo habia todavía otro); se veia algunos de ellos que descosian la suela de sus abarcas, á fin de saciarse con ella.

Las mujeres, envueltas en sus tallas, buscaban un refugio en el seno de su padre, de su hermano, de su marido ó de su amante; porque todas las afecciones, todos los sentimientos se hallaban representados en nuestra caravana. Los últimos pedazos de tasajo, conservados para ellas, les habian sido distribuidos por la ma-

ñana; no habia mas. ¿Qué nuevo alimento podríamos darles para la próxima comida? Algunas veces, cuando la brisa penetraba fria y cortante en lo profundo del valle, se oía decir en voz baja: ¡ay de mí, Dios de mi alma! Sobre el rostro de estas hermosas criaturas solo se veia retratada la expresion de una paciencia resignada; y era verdaderamente un espectáculo desgarrador contemplar sin lágrimas este sufrimiento pasivo, tan característico por parte de unas mujeres hispano-mejicanas.

En los hombres que la rodeaban habia menos valor, á pesar del estoicismo retratado en su semblantes. Se les oía de tiempo en tiempo pronunciar horribles blasfemias, acompañadas de rechinchamientos de dientes, y se podia ver en sus rostros aquella expresion estraña, aquel aspecto torvo que denota la proximidad de la locura. Una ó dos veces creí descubrir un pensamiento siniestro, aun mas salvaje que la demencia.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado, el Secretario, F. MEDINA-VEYTIA.

Director y propietario, D. M. PEREZ DE CASTRO.

Editor responsable, D. Jacinto Rodriguez.

MADRID: 1862.—Imp. del ATLAS, á cargo de J. Rodriguez, calle de San Bernardino, núm. 7.